**Exiliados en sus propias casas: amor en tiempos de pandemia**

Gilson Iannini

*Gerusalemme liberata* es un poema épico heroico publicado en 1581, la obra prima del poeta renacentista Torcuato Tasso (1544-1595). El poema narra los últimos meses de la Primera Cruzada, cuando el ejército cristiano recuperó Jerusalén del dominio turco. Estos hechos sucedieron hace, aproximadamente, quinientos años. El enredo está lleno de tramas románticas ficticias que involucran algunos personajes históricos. Tancredo, el caballero cristiano, se enamora de Clorinda, una chica musulmana, hija de padres africanos. En la noche en que la valiente Clorinda, vestida con armadura del ejército musulmán, consigue prender fuego a una torre del ejército cristiano, ocurre una batalla singular entre los dos amantes. La batalla avanza por la oscura noche y rompe la mañana.

Tancredo mata a su amada, sin reconocerla. A los primeros rayos de luz, el verdugo pregunta el nombre de su oponente agonizante, que se rehúsa a abrir la boca. Y cuando ella dice alguna cosa, no es para decir su nombre, sino para hacerle un pedido. Ella pide ser bautizada, quiere recibir un nombre. Cuando el héroe reconoce la voz de su amada, percibe que el destino trágico se cumplió delante de sus ojos. “Después de su entierro, escribe Freud, él penetra en el siniestro (unheimliche) bosque encantado que asusta al ejército de los cruzados. Allá, él hiere a un gran árbol con su espada, pero de la herida del árbol chorrea sangre, y la voz de Clorinda, cuya alma estaba aprisionada en ese árbol, lo acusa nuevamente de haber herido a su amada”. (Freud, *Jenseits*). Ella tiene cuerpo, carne que sangra, que habla, pero que, sin embargo, no es humana. Es un cuerpo hablante, el inconsciente aparece aquí como un “trou du souffleur”, literalmente.

Noten que en el poema de Tasso las dos escenas que se repiten son cualitativamente distintas. Mientras la primera sería “meramente accidental”, la segunda herida es del orden de lo “siniestro” (unheimliche). Lo que le fascina a Freud es que Tancredo, al igual que Edipo, actúa “sin saber”. Estamos frente a una especie de **pasaje** **de lo trágico a lo siniestro.** Dos tipos de repetición: repetición trágica (edípica) - repetición siniestra (más allá del Edipo), que, de cierta manera sería homóloga a dos modalidades del inconsciente, simbólico-transferencial y real. Tancredo hiere de muerte a su amada, no una, sino dos veces. En la primera escena, Clorinda estaba irreconocible, en una armadura que no era la suya; en la segunda escena, continuaba irreconocible, esta vez oculta en un árbol en medio del bosque *unheimliche*. En la primera escena, lo que realmente esconde Clorinda no es tanto la armadura o la noche, sino principalmente la ceguera obstinada de Tancredo. En la segunda escena, no. El reconocimiento sería, estruturalmente, imposible. Clorinda ahora es radicalmente inhumana. Como un agujero negro, el árbol atrae para sí la espada que Tancredo lanza aleatoriamente. Pero, diferente de Antígona, ella no busca la muerte.

En la primera escena, vestida de armadura, Clorinda se calla cuando aún podía hablar, esperando tal vez que Tancredo se diera cuenta de lo obvio… pero solo deja al héroe enamorado oír su voz cuando ya era muy tarde para que la palabra pudiera hacer algún lazo.

Ella luchó bravamente, hasta el final, sin decir una palabra. Ella sabe que la relación sexual no existe, que existe un muro, que él no entendería una palabra que vino de una mujer, africana, musulmana, que él, sin embargo, amaba.

Él tuvo toda la noche para reconocerla, pero desperdició todo lo que amaba en su lucha por puro prestigio. Enredo trágico por excelencia. El héroe cegado por sus pasiones, sus certezas religiosas y políticas, por su certeza de luchar contra el mal del lado del bien, va hasta el fin, incapaz de reconocer el goce opaco, radicalmente Otro que está delante de él, que está a solamente un paso, que está cerca de aquí, mascarada. Clorinda no habla con Tancredo. Todo pasa en el ámbito de la voz, para el desespero de Tancredo, que ansiaba otro régimen de palabra. Ella goza de un goce que él desconoce, vestida en una armadura masculina, casi diríamos trans. En la segunda escena, cuando sería humanamente imposible reconocer a la amada dentro del tronco del árbol, todo lo que tenemos es su voz, como objeto destacado del cuerpo. Enredo más allá de lo trágico, más allá del principio de realidad, o, más precisamente, siniestro, inhumano. Estamos, por lo tanto, frente a dos formas de amor.

Durante la pandemia de COVID-19, fuimos confrontados con una especie de experiencia generalizada de *unheimliche*. Si muchos ya se habían dado cuenta que ya no existe la *heimlichkeit* humana, la pandemia nos confrontó con una experiencia generalizada de *unheimlichkeit,* con la imposibilidad de sentirnos en casa en casa. Fuimos confrontados con un régimen forzado de retorno a casa, a una casa que no existía más. Si no es posible sentirnos más en casa en casa, ¿qué pasa si de repente fuimos lanzados para adentro de la casa? Algunas parejas precipitaron decisiones de vivir juntos, para otros la convivencia *full time* resultó en una separación o en violencia. Fuimos privados de nuestras estrategias-estandarizadas frente a la soledad: para unos el sublime trabajo, para otros las diversiones y sus tragedias. De repente, nuestra clínica estaba poblada de Tancredos y Clorindas.

La cuarentena nos aisló en bosques de concreto y vidrio, siniestros, ominosos. Exiliados en nuestras propias casas, experimentamos una invasión maciza de la ficción en la realidad, tornando la forclusión no solamente generalizada, sino también a flor de piel, a flor de esa cáscara de nogal de nuestros smartphones donde nuestro cuerpo es reducido a voz y sangre. En la cruzada contemporánea, nuestras armaduras son máscaras. Pero Clorinda, esa guerrera medio trans, oriunda del continente negro, no se calla más, para el desespero aún mayor de los nuevos Tancredos.